

El tercer capítulo, por su parte, lleva en su misma brevedad ya implícito el riesgo de un tratamiento a veces insuficiente de los problemas. Se echan de menos en la bibliografía sobre géneros referencias a los artículos de L. E. Rossi (*BICS* 18, 1971, 69-94) y C. Calame (*QUCC* 17, 1974, 113-28). Existe, además, un leve riesgo de argumentación sin fin: la elegía queda caracterizada negativamente desde el punto de vista genérico por referencia a 14 variedades, cuya entidad como tal se da por supuesta. Pero esa misma clasificación ya de por sí necesita una justificación.

Frente a estas pequeñas observaciones (que en realidad sólo parten de impresiones personales del reseñante) deben destacarse muchos más méritos. Estamos ante una magnífica contribución al estudio del estilo y de la dicción de los líricos griegos, de la estructura compositiva y del problema de la "ocasión". El lector encontrará numerosas y agradables sorpresas. Sus conclusiones sobre el desarrollo de la lírica con progresiva independencia de la épica nos parecen irreprochables (cf. pp. 50-2) y el clímax con que se analiza ese desarrollo es espléndido. Numerosas observaciones sobre contenido y estructura de diversos poemas deberán ser tenidas en cuenta desde ahora de modo imprescindible (cf. p. 69 sobre fr. 96 de Safo y p. 71 sobre fr. 1 de Alcmán). La claridad de ideas y decisión en la defensa de opiniones del autor forman parte de los valores del libro: el lector prestará atención a la discusión del supuesto "localismo dialectal" de la elegía en Tirteo (Gentili; cf. n. 50, pp. 131-2) y de la clasificación genérica de Pavese (n. 51, pp. 132-3).

Esperamos con impaciencia e interés todo lo bueno que anuncian estos «preliminares».

EMILIO SUÁREZ DE LA TORRE

PÍNDARO, *Obra Completa. Edición (sic)* de E. Suárez de la Torre, Madrid, Cátedra, 1988, 444 páginas, con 6 láminas.

Desde la antigüedad misma hasta nuestros días, la admiración que la obra de Píndaro ha suscitado ha corrido pareja con la fama de la oscuridad del poeta. No es por ello de extrañar que hayan escaseado las traducciones de Píndaro al castellano, y concretamente en nuestro siglo sólo se han ido acumulando en los últimos años: de 1972 es la versión de Ramírez Torres (epinicios y fragmentos seleccionados), de 1973 la de Samaranch (*Olimpicas*), de 1984 las de Ortega (epinicios y fragmentos) y Bernabé-Bádenas (epinicios) y de 1987 la edición bilingüe de Alsina (epinicios). A ellas ha venido a sumarse la que reseñamos, que es en nuestra opinión la más completa de todas, tanto por el material traducido como por la calidad y cantidad de la introducción y las notas explicativas. Difícilmente, en efecto, se podría haber hecho un mejor resumen y más completa enumera-

ción de los problemas fundamentales que plantea la obra de Píndaro como los que nos ofrece el autor en la Introducción General, que comprende los siguientes apartados: 1.º celebración pública y canto coral, donde se nos habla de la importante función social y religiosa del canto coral, así como de los primeros poetas conocidos que fueron configurando la estructura, lenguaje, estilo y métrica del epinicio especialmente, en un resumen francamente conseguido e interesante; 2.º Simónides y Baquilides: similitudes y diferencias de los dos poetas de Ceos con respecto a Píndaro en el ámbito puramente literario y también en su concepción del mundo; 3.º Píndaro: vida, creencias religiosas, concepción de la poesía y de la función del poeta, concepción del hombre, características de la composición pindárica (unidad, partes constituyentes, problema del mito, estilo), lengua y métrica, evolución de la crítica pindárica, Píndaro y la posteridad. Pocas objeciones podemos hacer a la exposición del autor. Si acaso, en la p. 15, cuando se dice, hablando de Simónides, que fue probablemente el epinicio el tipo de composición coral que más fama le dio, quizá debiera haberse aludido también a sus 56 triunfos en las competiciones de ditirambos, de los que el propio poeta se jacta en un epigrama (fr. 79 D). Igualmente, en p. 26 se indica que son 8 los epinicios pindáricos sin mito y 11 con mito no central, cuando, a nuestro entender, son 10 y 8, respectivamente (*N.* 11 e *I.* 2 son epinicios sin mito, no con mito periférico, y *P.* 12 es, a fin de cuentas, una oda con mito central, aunque muy breve).

En la bibliografía, completa y actualizada, solamente hemos echado a faltar, entre las obras fundamentales, la mención de alguno de los varios trabajos existentes sobre el tema de la religiosidad de Píndaro; el libro de A. Turyn, *De codicibus Pindaricis*, Cracovia 1932, en el apartado «Historia del texto»; la referencia a los informes bibliográficos que D. E. Gerber ha venido publicando como complemento a su libro de 1969; o la traducción rítmica de la *O.* 6 debida a M. Fernández-Galiano (sí se cita, en cambio, la de Díaz-Regañón de *P.* 1).

La versión, excelente, de buena altura poética y muy fiel al texto griego, es, además, la más profusamente anotada de todas las traducciones castellanas de Píndaro. El autor ha incluido los epinicios y la mayor parte de los fragmentos, exceptuando aquéllos cuyo estado considera demasiado exiguo, o bien se trata de referencias indirectas. A este respecto, no obstante, nos ha parecido observar alguna incoherencia, ya que, por ejemplo, no se traducen los fragmentos 9-28 y sí, en cambio, otros más breves e incluso de texto dudoso, como 80, 84, 86 ó 94.

Completa el libro un útil «Índice de nombres mitológicos y de personificaciones» (hemos observado la ausencia de Teutrante, *O.* 9.71; Alarido y Guerra en el fr. 78). Finalmente, son escasos los errores tipográficos: en pp. 33-34 se han invertido las llamadas a las notas 32 y 33; p. 10, n. 2, «Ybicus» por «Ibycus»; p. 16, «Orío» por «Crío»; p. 21, «Teseo» por «Teo»; p. 26, «Ferénico» por «Ferenico», etcétera.

En definitiva, con esta traducción y las que la han ido precediendo queda,

pues, perfectamente cubierta una parcela fundamental de la historia de la literatura griega que hasta hace no mucho tiempo presentaba en nuestro país, en lo que a traducciones se refiere, un panorama poco menos que desolador.

FERNANDO GARCÍA ROMERO

EURÍPIDES, *Hercules*, ed. K. H. Lee. Teubner Verlagsgesellschaft, Leipzig 1988, pp. XVIII-59.

1. La tragedia de Eurípides que nos ocupa ha merecido los honores de que la crítica le haya dedicado páginas, no tanto en función de las alteraciones y diversificaciones textuales cuanto en función de su estructura a la luz de la concepción que Aristóteles tiene sobre las contradicciones en los caracteres de los personajes de la tragedia (*Poética* 1461b). Según ella, críticos tan prestigiosos como E. Petersen, E. Kroeker, S. Carrière y otros han puesto en duda la «unidad» de la obra de Eurípides. No obstante lo cual, hoy la crítica, en términos generales, se decanta por una unidad, orgánica al menos, de la acción dramática del *Heracles* dentro de esas dos o tres partes que se han querido, y quierren, ver en el drama presente, aunadas, eso sí, por la presencia mental, ambiental o física del personaje central, desde U. Wilamowitz hasta G. W. Bond, pasando por estudios tan interesantes como el de J. C. Kamerbeek titulado «Unity and Meaning of Euripides' *Heracles*», que publicó en 1966 la revista *Mnemosyne*, en el que, entre otras ideas, expone la razones por las que hay que considerar, a su entender, que una obra dramática tiene unidad escénica. En un sentido semejante se pronuncia G. W. Bond en el apartado de la introducción «The Meaning and Unity of *Heracles*» a su edición, excelente por cierto, del *Heracles* de Eurípides (Oxford 1981). Y es que aplicar los mismos métodos críticos a los trágicos griegos nos parece un error por aquello de la evolución lógica y progresiva que va adquiriendo todo género literario a través del tiempo y en la medida de la mayor o menor capacidad de modernización de un autor, o, como ha dicho J. de Romilly, «c'est bien cela qui fait le caractère propre d'Euripide; car il a su moderniser le genre traditionnel, le renouveler et lui infuser un sang nouveau, sans pour autant s'écarter jamais de l'esprit ni des règles de cette tradition» (*La modernité d'Euripide*, París 1986, p. 225).

2. La edición que nos presenta la editorial alemana, de la mano esta vez de K. H. Lee, es interesante. Consta el libro de las partes que son ya tradicionales en la editorial. Comienza con un prefacio breve (pp. V-VIII), en el que se estudian los códices que nos han legado la obra, las enmiendas de los posteriores, se hace un juicio crítico y comparativo de los mismos para concluir en la primacía de tiempo y valor del *codex L Laurentianus*, padre de los subsiguientes en opinión de Lee, que en este campo sigue las conclusiones que del estudio de